

Para  
estas  
fiestas...



...ella elige  
una corbata



## "el carrusel" de dos generaciones

**E**L estreno de "El Carrusel", de Victor Ruiz Iriarte, se presta a una serie de inquietantes consideraciones. El tema del enfrentamiento de dos generaciones está siempre sumido en una serie de implicaciones, cuyo alcance se amplía y desarrolla hasta el infinito. Yo creo que Victor Ruiz Iriarte se ha equivocado al esquematizar la cuestión; creo que el problema es mucho más sutil, mucho más rico que el que presenta en su comedia; pero creo también que Victor Ruiz Iriarte ha jugado limpio: es decir, que muestra las cosas como él las ve, que son, necesariamente, desde un lado, desde la generación a que pertenece.

Como estoy convencido de esta buena fe, yo, que estoy más cerca de la generación que va detrás de él, necesito formular algunas objeciones al modo fatalista con que Ruiz Iriarte afronta la cuestión. Bien es verdad —y ésta es la mayor dignidad de la comedia— que él no deja de decir que "algo ha pasado aquí" y de preguntarse "quién tiene la culpa", lo que equivale a aceptar la existencia de unas motivaciones del desacuerdo generacional. Sin embargo, tengo la impresión de que para la mayoría de los espectadores, tales preguntas quedan referidas a un plano de pura moral individual; es decir, que el autor no da a su obra la dimensión necesaria para que el espectador, una vez bajado el telón, decida llevar adelante la comprensión de las causas de la divergencia.

Resulta evidente que durante largas épocas el paternalismo funciona; con todo el mar de fondo que nunca falta en la existencia humana, lo cierto es que hay generaciones que aceptan el modo de vivir que les es propuesto por sus mayores. En cambio, otras se rebelan, esgrimen una nueva moral y una nueva "escala de valores".

Naturalmente, estos enfrentamientos generacionales no surgen espontáneamente, según un fatalismo que hace que unas generaciones nazcan de un modo y otras de otro. Hay personas excepcionales, pero no hay generaciones inexplicables. Si, en un momento dado, padres e hijos no se entienden, las causas hay que buscarlas en la distinta forma de asumir las circunstancias históricas.

Creo que fue Unamuno quien decía que, a partir de una edad relativamente joven, el hombre dejaba de ser permeable a sus lecturas. Extraña idea, pero su concepción del mundo estaba ya cerrada y sólo buscaba, en los libros y en la vida, confirmaciones de esta concepción.

Habría que pensar entonces que una serie de hechos han sobrepasado a la generación "marcada" por los sacrificios personales y por los muertos de las últimas contiendas. Cuanto, posteriormente, no hubiese encajado en esa concepción, parecería herético y desconcertado. Habría que estar reconstruyendo cotidianamente divisiones humanas que van perdiendo vigencia. Habría, por ejemplo, que aprovechar los crímenes del Congo, para rehacer una vieja imagen racista; aunque para ello hubiese que mentir, si es que mentir es decir sólo una parte de la verdad. El tema del diálogo adquiriría, a partir de estos supuestos, un matiz de irracionalidad, de violencia. El diálogo era imposible en tanto que las dos generaciones se encontraban en "situaciones distintas", que, a su vez, consideraban únicas.

Es probable que esta "doble situación" sea, afrontada adecuadamente, positiva. La "situación" no es un dato abstracto, inmóvil, sino el resultado de una serie de presiones dinámicas y evolutivas. Pienso yo que una interrogación sobre tales presiones habría de "aproximar" la situación en que unos y otros nos hemos instalado, y que, a través de esta interrogación, existiría un auténtico diálogo.

Ruiz Iriarte dice en su comedia que padres e hijos se enmascaran cuando han de afrontar su divergencia. Los padres vienen a proponer un "aquí no ha pasado nada" que inmoviliza todo posible debate.

Sería interesante que, puestos a examinar el enfrentamiento entre los mayores y los más jóvenes, entre lo que pudiéramos llamar "dos modos de entender la vida", no olvidáramos la necesidad de comprender esta "coexistencia" de dos situaciones. Separar lo muerto de lo vivo, el mito de lo humano, es la única forma de que el enfrentamiento sea sustituido por un diálogo.

JOSE MONLEON